

latino. Balduino II, que todavía llevaba el título de emperador, sólo con las limosnas de la cristiandad se sostenía en Constantinopla. El plomo que cubría la techumbre de las iglesias, la madera de los edificios públicos, todo se vendía, hasta las reliquias, para suministrar lo necesario á la humilde cocina imperial. Dejó Balduino á su hijo en rehenes en poder de los venecianos, y no pudo dar á un mercader á quien debía quinientas libras otra fianza que la palabra del rey de Francia. Entre tanto continuaba incomodando al imperio Juan Ducas Vataces, emperador de Nicea, y después de él su hijo Teodoro Lascaris II; pero como al morir tan prematuramente éste, dejó solo un niño de tierna edad, llamado Juan, Miguel Paleólogo concibió ambiciosos proyectos. Habiendo conseguido con la astucia y el crimen obtener la tutela del joven príncipe (1359), se hizo decretar el título de déspota, aceptar después como colega al imperio, y por último coronarse solo; después, habiendo ganado á sus súbditos por medio de concesiones, pensó en triunfar del enemigo. Una tregua que fingió conceder, le proporcionó la ocasión de sorprender á Constantinopla (1260). La invadió en plena paz, sin que un soldado sacase la espada para defenderla, y por todas partes gritaban ¡Viva Miguel Paleólogo, emperador de los romanos! antes que Balduino sospechase el peligro (1261). Este último de los emperadores latinos, que había reinado treinta y tres años en Constantinopla, consiguió huir, y pasó su ancianidad como su juventud, recorriendo y mendigando por toda Europa. Los emperadores de Nicea ascendían de esta manera al trono de Constantinopla; y después de haber mandado Miguel sacar los ojos al joven Lascaris, fundó la dinastía de los Paleólogos.

Resonaba en Europa el rumor de estos acontecimientos; pero los príncipes se contentaron con expedir mensajes al soldan del Cairo, pidiéndole la paz, lo que escitaba su orgullo á continuar la guerra. Sólo san Luis, llevando siempre la cruz en su traje, anunció la intención de intentar una nueva expedición. Habiendo reunido el parlamento en el Louvre, se presentó allí con la corona de espinas; y anunció su intención de ir á pelear contra los infieles (1267). Tomó la cruz de manos del legado, y muchos señores la recibieron con él. Percibieron cuatro años de los diezmos del clero y una capitación sobre sus súbditos. Las gentes prudentes desaprobaban esta empresa, y Joinville no quiso tomar parte en ella, diciendo que los que la aconsejaban al rey, pecaban mortalmente: sin embargo, muchos se le unieron, y se consideró como de buen augurio el mensaje por el cual el kan de los mongoles proponía al papa aliarse con los cristianos para abatir á los mamelucos.

**San Luis en Africa.**—Después de haber pasado Luis tres años en sus preparativos, se dió á la vela (1270); y cuando se esperaba se dirigiese hácia Acre, último refugio de los cristianos, ó hácia Egipto, se encaminó á Túnez. El príncipe de

aquel país había enviado varias veces embajadores á Francia, mostrándose dispuesto á abrazar la religión cristiana, y Luis se lisonjeó de convertir por las armas esta estensa comarca. Tal vez estaba engañado por las invenciones de Carlos de Anjú, á quien le importaba mucho más como rey de Sicilia que fuese destruida aquella guarida de piratas. Pero el buen rey decía que nada le causaría tanta alegría como tener en las fuentes bautismales un príncipe musulmán; y se declaraba pronto á pasar toda su vida en un calabozo sin ver el sol, con tal de que se convirtiese el rey de Túnez.

Desembarcó en una bahía (18 de julio) á nueve millas de Túnez, y pronto la bandera de las lises ondeó sobre la ciudadela y ciudad de Cartago. Pero lejos de pensar el rey de Túnez en el bautismo, le envió á decir que iba á caer sobre él, al frente de cien mil combatientes. En efecto, llamaba á sus banderas á todos los musulmanes de África, y no cesaba de incomodar á los cristianos. Faltaba el agua; la arena del desierto, levantada artificialmente, impedía la respiración. La disenteria y la peste ejercieron sus estragos entre los cristianos, que encerrados en su campo, se veían forzados á estar constantemente á la defensiva. Nacido el joven Tristan dentro de las murallas de Damietta, que el rey amaba tiernamente, fué una de las primeras víctimas; después de él, el legado del pontífice y otros señores sucumbieron al contagio. Lejos de perder Luis el valor, sostenía el de sus compañeros; pero atacado también de la plaga, se hizo colocar delante de una cruz, invocando á aquel que había sufrido en ella. Habiendo hecho llamar á su hijo Felipe, destinado á sucederle, le dirigió su última despedida: «Hijo mío, le dijo, manten las buenas costumbres en el reino y corrige las malas. Guárdate de desear mucho, como también de imponer á tu pueblo tasas ó subsidios excesivos, á no ser por necesidad ó por la defensa del reino. Si sientes algún odio, dilo al momento á tu confesor ó á otras personas que den buenos consejos: de esta manera podrás calmarlos con los consuelos que recibas. Haz de manera que tengas á tu lado gentes prudentes y leales; escucha la palabra de Dios, enciérralas en tu corazón, y ten cuidado constante de procurarte oraciones y perdones. Sé celoso de tu honor; no sufras que se profieran en tu presencia palabras propias para escitar á pecar, ni que se maldiga delante ó detrás. Haz justicia y concede su derecho á todos, pobres ó ricos. Muéstrate liberal para con tus servidores, y sosten tu palabra, á fin de que te amen y teman como á su señor. Si existe alguna diferencia, infórmate hasta que sepas la verdad, ya se trate de tí ó de los demás. Si te advirtiesen que posees el bien ajeno, sea habiéndolo adquirido tú ó tus predecesores, haz de manera de devolverlo al momento. Dedicte á que en tu reinado se viva en paz y justicia. Conserva las franquicias y libertades sostenidas por tus predecesores; porque si tus ciudades son ricas y poderosas, los enemigos se guar-

darán de sitiarlas. Cuando la viuda y el huérfano litiguen ante sí, toma su partido contra el fuerte, hasta que hayas llegado á conocer la verdad. Evita sobre todo la guerra con los cristianos, pero si te ves forzado á ella, haz que el pobre pueblo no sufra. Concede autoridad á las personas que sepan usar de ella, y castígalos si abusan; porque si debes odiar el mal en los demás, debes odiarle aun mucho más en aquellos que han recibido el poder de tí.»

**Muerte de san Luis.**—Terminó bendiciéndole y augurándole las felicidades de la vida eterna. Después de haberse despedido con igual cariño de los que le rodeaban, no quiso pensar más que en Dios. Orando con fervor, invocando á san Dionisio, como lo hacía en los combates y nombrando á la Jerusalén terrena porque tanto había anhelado, abrió los ojos á la celestial (15 de agosto).

En aquellas playas donde Luis murió vencido y desgraciado, pero lleno de gloria, Cartago había sido en otro tiempo poderosa; y el viajero que allí arriba, antes de acordarse de Anibal ó de Mario llorando sobre las ruinas de la émula de Roma ó de Catón con quien pereció en Utica la aristocracia romana, dirige su pensamiento á aquel rey mártir voluntario y á sus últimas palabras, y siente cuanto poder existe en el heroísmo santificado por la devoción. Si confía en que la tierra de Cipriano y Agustín vuelva de nuevo á la sociedad cristiana, no lo puede esperar sino de la cruz que Luis fué á plantar en aquella costa, y que el rey Sebastian de Portugal y el cardenal Jimenez habían intentado levantar; la cual se halla hoy demasiado olvidada confiando en los nuevos recursos producidos por la civilización, y en la perfección á que ha llegado la táctica.

Quedó consternado el ejército, tanto por la pérdida de semejante rey, como por la falta de un jefe, estando Felipe muy enfermo. Pero habiendo llegado en aquel mismo día de Sicilia, Carlos de Anjú, tomó el mando y prosiguió la guerra. Vieron los soldados con alegría el momento en que abandonaron sus trincheras, y sus armas fueron victoriosas. Estos triunfos determinaron al rey de Túnez á proponer la paz, y fué concluida indemnizando á los franceses de los gastos de la guerra con 200,000 onzas de oro, los prisioneros se restituirían por una y otra parte, y se pagarían anualmente 40,000 escudos de oro al rey de Sicilia.

Embarcóse el ejército para esta isla; pero una terrible tempestad hizo perecer diez y ocho naves de alto bordo, muchas pequeñas, y cuatro mil cruzados. El rey de Sicilia, que ante todo pensaba en que la expedición le fuese provechosa, propuso á los cruzados conquistar la Grecia; y á su negativa se apropió las naves y restos del naufragio. De esta manera los franceses no llevaron á su patria más que luto y espectáculo de miserias. Como se ignoraba entonces el arte de los embalsamamientos, se había hecho cocer el rey como entonces se

acostumbraba (5). Sus entrañas fueron enviadas por Carlos á Montreal de Palermo; sus huesos y corazón quedaron en el ejército, hasta el momento en que Felipe los llevó á Francia con los restos de su hermano y su mujer, muerta en Calabria. Pocos años se pasaron, y resonando el grito popular en el Vaticano (1297), hizo conferir canónicamente el título de santo al príncipe á quien ya todos se lo habían designado. ¡Regocíjate, casa de Francia, exclamó Bonifacio VIII, de haber dado al mundo tan gran príncipe! ¡Pueblo de Francia, regocíjate de haber tenido tan buen rey!

Joinville vivió bastante tiempo para ser testigo de esta alegría universal; y de esta manera termina su relación: «Fué gran honor en todo su linaje, para todos los que le quieran seguir; pero será gran ignominia para los de su raza que no lo imiten, y serán señalados con el dedo, diciendo que el bueno y santo hombre no hubiera cometido tal maldad ó villanía.»

**Fin de las cruzadas.**—Aquí termina el gran drama de las cruzadas. Algunos destacamentos fueron aun á Palestina en esta época; pero los cristianos de aquel país comprendieron fácilmente que tan débiles socorros no podían salvar un reino, reducido sólo á San Juan de Acre. Cuando ascendió al pontificado Tebaldo Visconti, había dicho con el salmista, al dejar esta ciudad: «¡Jerusalén, si alguna vez te olvido, que el olvido se apodere de mi alma!» y en efecto, en el concilio de Lion, exhortó vivamente á la cruzada (1297). Enviados mongoles, que habían ido para tratar de una alianza contra los musulmanes, se presentaron en esta asamblea, y algunos de ellos se convirtieron, ó al menos recibieron el bautismo. Miguel Paleólogo prometía socorros; Rodolfo de Habsburgo se comprometía á tomar la cruz, pero el viento se llevó estas promesas. No se defendían, pues, aquellas miserables posesiones de la Siria sino con el mayor trabajo, y no obstante, el título de rey de Jerusalén era disputado entre el rey de Chipre, el de Sicilia y Maria de Antioquia, y muchas veces se peleó por un nombre al cual nadie sabía darle un valor real (6).

En el curso de los diez y siete años que Bibars reinó en Egipto, no pasó un solo día sin que inquietara á los cristianos; pero no era menos formidable con sus súbditos que con sus enemigos,

(5) Bonifacio VIII fué el primero que prohibió, el 18 de febrero de 1300, hacer pedazos los cadáveres, y hacerlos cocer, como una detestable barbaridad.

(6) Cuando Francisco Estéban de Lorena, como gran duque de Toscana, envió en 1747 á Constantinopla un internuncio para concluir un tratado de comercio, la Puerta (que aunque muy pomposa en sus títulos tendría sin embargo por absurdo llevar el de países que no posee) vio con extrañeza que el gran duque se titulaba rey de un país que poseía el turco, y dió esto tanto ruido, que hubo que expedir nuevas credenciales al internuncio. De lo cual se jacta el historiador turco Isa, como de un gran triunfo sobre las pretensiones austriacas.

porque temeroso de ser derrocado del trono de la misma manera que á él había subido, castigaba con la mayor atrocidad por la más leve sospecha. Así conservó la autoridad, aunque sin poder transmitir-la á su descendencia, que fué suplantada por otros guerreros. Kalil-Asraf, el más valeroso de los emires, consumó la ruina de los cristianos (1290), que ya no subsistían entonces sino en fuerza de hacer que se les olvidara, y bajo la promesa empeñada á los musulmanes de darles aviso tan luego como se preparara contra ellos alguna expedición en Occidente. Sea como quiera, el enemigo, después de haberse apoderado de Trípoli, marchó sobre Tolemaida, donde se encontraban reunidos los representantes de los reyes de Nápoles, de Chipre, de Francia, de Inglaterra, el legado del Papa, el patriarca de Jerusalén, el príncipe de Antioquia, las tres órdenes militares, genoveses, venecianos, pisanos, armenios, mongoles, cada uno con sus barrios, sus jurisdicciones, sus diferentes oficios, cada cual con su derecho de soberanía, haciendo rancho aparte, y con frecuencia enemigo de los otros. Efectivamente, todos llevaban á aquel rincón de tierra, no sólo sus rivalidades nacionales, sino también las disensiones de su patria: una disputa suscitada en Ancona ó en Pisa, inducía á empuñar las armas en San Juan de Acre, y las casas se convertían en fortalezas. Allí mandaban todos y no obedecía nadie. Asediados los habitantes por Kalil-Asraf, pidieron socorros á Europa (7); pero estaban destinados á acabar como el Roldán de los romanceros, tocando el cuerno para demandar ayuda sin esperanzas de obtenerla. Reducidos á sus propias fuerzas se defendieron como héroes, y en especialidad los caballeros; pero para qué nos hemos de estender más? cayó el último baluarte de las cruzadas (16 de Junio), y dos meses después cupo la misma suerte al escaso número de plazas que les quedaban á los cristianos. «De los templarios sólo se salvaron diez y ocho, de los hospitalarios diez y seis y se arrepintieron de haber huido,» dice Guillermo de Chateaufort, gran maestro de los hospitalarios. Entonces el sultán se halló solo para tributar loores á Alá en sosiego, sobre aquella tierra en que durante algún tiempo habían vuelto á resonar las alabanzas á Jesucristo.

De las tres órdenes religiosas y militares, los caballeros teutónicos se engrandecieron en Alemania, hasta que llegaron á ser poder soberano; los templarios excitaron con su riqueza la codicia de un rey que les suscitó acusaciones para condenarles al fuego; los hospitalarios se mantuvieron primeramente en la isla de Chipre, y después en las de Rodas y Malta. Bajo el nombre de esta última se les conoció por mucho tiempo; y de esta orden aun se conserva en el día una sombra.

Tentativas póstumas.—Mas de una vez aconte-

(7) Entonces emprendieron las damas genovesas una cruzada que se ha conservado en la memoria del pueblo.

ció entonces y después de esta época hablar en Europa de las cruzadas: nunca las olvidaron los papas, y los poetas apelaron á ellas en todos los idiomas; pero su época había pasado. Raimundo Lulio y Marino Sanuto se esforzaron por reanimar el espíritu desfallecido. Asistió el primero al concilio de Viena (1311) para hacer que se establecieran lenguas de cátedras orientales en las universidades de Roma, de Bolonia, de París y de Salamanca (8). Presentó al papa muchos escritos acerca del modo de abolir el islamismo; después de haber recorrido la Tierra Santa, la Siria, la Armenia, el Egipto, retornó á contar los males que padecían los cristianos é indicar el oportuno remedio. Viendo que eran infructuosos sus afanes entre sus correligionarios, se encaminó al África con ánimo de convertir á los moros; pero no salió más airoso de esta empresa, y se retiró á Mallorca, donde se dedicó á escribir sobre el mismo asunto, y vuelto al África, recibió allí la palma del martirio (9).

En 1321 Mariano Sanuto bosquejó el plan de un desembarco en Egipto, calculando que quince mil infantes y trescientos ginetes, comprendiendo las naves, los víveres, las municiones y otros abastecimientos, podrían ascender al gasto de 100,000 florines de 2 sueldos, lo cual equivaldría á 14,000,000 de pesetas. Tuvo la constancia de presentar su proyecto á todas las cortes, si bien en todas partes no halló más que indolencia (10). Petrarca escribió ardorosamente á cometer de nuevo la empresa (11). «Habiéndose divulgado la noticia de este pasaje

(8) Véase t. V, pág. 416.

(9) Fray Felipe Bruserio de Savona, profesor de teología en París, escribió el *Sepulcro de Tierra Santa*, donde esponía los medios de recuperarla. Había sido enviado por Benedicto XI en 1340, en unión de Pedro del Orto, cónsul de Caffa, y de Alberto, de la misma colonia, á Usbec, kan del Capchak, de quien había obtenido que el cristianismo pudiera ser predicado en las comarcas próximas al mar Negro.

(10) Véase Libro XIII, cap. XXXI. Un tal Antonio de Archiburgo de Trento, escribió también en 1391 un libro militar sobre la manera de recuperar la Tierra Santa: se halla en la gran Biblioteca de París manuscrito. En 1325 Guido de Vigevano, médico del emperador Enrique VII y después de Juana, reina de Borgoña, escribió el *Thesaurus regis Francie acquisitionis Terræ sanctæ de ultra mare, nec non sanitatis corporis ejus, et vitæ ipsius prolongationis, ac etiam cum custodia propter venenum*, donde da preceptos higiénicos y consejos estratégicos para defender las tierras contra los sarracenos y atacar sus fortalezas. El milanés Lampo Biraghi protegido por Francisco Sforza, escribió: *ad Nicolaum V pontificem maximum strategicon adversos Turcos*, en que propone para la cruzada un ejército enteramente italiano de 1,200 caballos y 15,000 infantes, y además 5,000 hombres de caballería ligera de otros países, que se envíe al cardenal Bessarione, que desembarque en Morea y excite á los pueblos á la sublevación, creyendo que para esto bastarán dos años; ó á lo más tres.

(11) En la canción *O aspettata in ciel beata e bella*, etc.

en Egipto y en Soria, los cristianos del país que se hallaban sometidos al yugo de los sarracenos, y especialmente los viandantes mercaderes que se hallaban á la sazón en aquel territorio, experimentaron graves opresiones y diferentes tormentos. Muchos de ellos fueron muertos por los señores sarracenos, que se apoderaban de cuanto poseían, bajo el falso pretexto de que eran los negociadores de aquel paso. Por lo cual un valiente religioso italiano, que se llamaba fray Andrés de Antioquia, afligido, en el fervor de su alma, de la injuria que recibían los cristianos inocentes, partió de Antioquia y se presentó en la corte de Roma, establecida en Aviñon entonces. Llegó allí cuando el rey Felipe VI de Francia había vuelto de la peregrinación hecha desde Marsella á Aviñon, habiendo escedido con mucho el término de su promesa, sin ser reprendido por el papa ni por los cardenales. Ya se había despedido del Padre Santo, cruzado el Ródano y comido en la noble casa de san Andrés, que había mandado edificar el señor Napoleon de los Orsini de Roma, á fin de recibir allí al rey de Francia y á los demás príncipes. Ya había montado el rey á caballo para emprender el camino de París, y habiendo suplicado el intérprete fray Andrés á los escuderos de los cardenales que le ayudaran á adelantarse hasta el frente del caballo del rey, pudo conseguir ponerse de este modo á su lado al salir de la casa. El religioso tenía larga la canosa barba, su aspecto era santo, y por respeto á su persona se detuvo el monarca. Entonces fray Andrés le dijo: *¿Eres tú aquel Felipe, rey de Francia, que prometiste á Dios y á la santa Iglesia ir con tu poderío á sacar de mano de los pérfidos sarracenos la tierra en que Dios nuestro Salvador quiso derramar por redimirnos su sangre inmaculada?* El rey respondió afirmativamente, y el venerable religioso prosigió de esta manera: *Si has resuelto eso y te propones continuarlo con una intención y una fe pura, ruego á Jesús bendito, que quiso recibir por nosotros pasión en aquella Tierra Santa, que te guíe á una completa victoria, para eterna prosperidad tuya y de tu ejército; que te conceda en todo su bendición y ayuda; que te haga crecer por la gracia en bienes espirituales y temporales; de tal manera que seas tú quien, por la victoria, saques del oprobio al pueblo cristiano, humilles el error del indigno y pérfido Mahoma, limpies y purifiques el lugar venerable de todas las abominaciones de los infieles para eterna gloria tuya por Jesucristo. Pero si has comenzado y publicado esto, cosa que redundará en grave tormento y en la muerte de los cristianos que frecuentan aquellos países, sin tener la intención perfecta en Dios de proseguir esta empresa, y si la santa Iglesia católica es de este modo engañada por tí, caiga sobre tu cabeza la ira de la indignación divina, y sobre tu casa, y sobre tus descendientes y sobre tu reino; demuestre contra tí y contra tus sucesores, con evidencia para los cristianos, el azote de la divina justicia, y clame á Dios contra tí la sangre de los cristianos ino-*

centes ya derramada sólo al rumor de semejante proyecto. Turbado el rey de esta maldición hasta lo más íntimo del alma, dijo al religioso: *Venid en nuestra compañía*. A lo cual fray Andrés repuso: *Si os dirigís hacia la tierra de promisión en Levante iré delante de vos. Pero como vuestro viaje sea hacia Poniente os dejaré partir, y tornaré á hacer penitencia de mis pecados á aquella tierra que prometisteis á Dios arrancar de las manos de los perros sarracenos.* (12)

Aun tenía tanta autoridad el nombre de Jerusalén, que las palabras de fray Andrés sembraron la turbación y la incertidumbre en el alma de aquel monarca poderoso, si bien distrajerón su atención nuevas tempestades políticas. Aquellos que hagan memoria de Pedro el Ermitaño y de San Bernardo, yendo de una parte á otra miserablemente vestidos, á esponer las miserias de la ciudad santa, se sorprenderán en vista del contraste que presentaban los fastuosos preparativos hechos en Lila y en la corte de Felipe el Bueno, duque de Borgoña. Fiestas, diversiones de todas clases ahuyentaron de allí el fastidio de los caballeros que aguardaban á los demás. En el festín que se dió posteriormente por el duque de Cléveris, una dama se subió á un tablado donde estaba el duque de Borgoña, y delante de él se postró de hinojos; después de haberle ceñido una guirnalda de flores, anunció que dentro de diez y ocho días daría el duque un banquete. Fué la magnificencia tal como cumplía á reunión tan brillante y al señor más rico y espléndido de la cristiandad: encima de una mesa se veía una iglesia con órgano, campanas, fuentes, naves y prados, y en medio un san Andrés crucificado; en otra un pastel que encerraba una orquesta entera de veintiocho músicos, y un castillo con fosos y torres, una viña que contenía dos frutos del bien y del mal, un desierto con tigres, selvas y caza, y un lago rodeado de poblaciones; la tercera mesa sostenía un buhonero con toda clase de géneros, una foresta india y un león. Pasaré en silencio los vasos de oro, las estatuas que echaban vino é hipocrás, un león vivo, y el lujo del duque que llevaba encima por valor de un millón de escudos de oro en piedras. ¿Cómo sería la sala para contener tantos convidados, tantos espectadores y tantas máquinas!

Todos los platos bajaban del techo en un carro de oro y azul, entre músicas, y se sirvieron jabalíes enteros. Se amenizó la comida con intermedios, es decir, representaciones. Después de haber algunas de éstas, entra de improviso un gigante, vestido á la antigua usanza de Granada, conduciendo á un elefante sobre el cual se veía un castillo, donde había una dama sumergida en llanto y vestida de luto. Cuando llegó al centro del salón ordenó al gigante que hiciera alto, y no obedeció hasta que hubo llegado delante del duque. Entonces la pri-

(12) M. VILLANI, VII, 3.

sionera, que representaba la religion, espuso en una larga queja, en verso, la opresion á que estaba sujeta por parte de los infieles, deplorando la lentitud de los que debian prestarle ayuda. Precedido el heraldo del Toison de Oro de una inmensa comitiva de oficiales de armas, llevando en el puño un faisán vivo, y sobre el pecho un collar de oro, enriquecido con perlas y pedrerías, se adelantó hacia el duque, presentándole dos damas acompañadas de un caballero de esta orden cada una de ellas, y ofreciéndole el ave en nombre de aquellas damas, las recomendó á su patrocinio. Después de haber escuchado el duque al heraldo le entregó un billete, que leído en alta voz, contenía el voto hecho á Dios, á la Virgen Maria, á las damas y al faisán, de batallar contra los infieles: todos los asistentes respondieron con votos semejantes, imponiéndose penitencias ó proezas. Este se obligaba á no dormir más en el lecho; aquél á no comer á manteles; otros prometieron abstenerse de vino ó de carne; otros no quitarse la armadura ni de día ni de noche ó vestirse de un paño burdo y de un sayo hasta llevar la empresa á feliz remate; uno que cogeria la bandera del gran turco; otro que no volveria antes de haber presentado al duque un turco prisionero; cual, que al volver haria cualquier empresa de armas en tres reinos cristianos; cual que llevaria por banderola la imagen de la Virgen; éste que daria un mandoble en la corona de un rey infiel; aquél que combatiría con un turco sin más armas que un guante; todos querian sobrepasar á los demás, tanto más, cuanto que el vino les habia enardecido.

Vióse aparecer, por último, una dama vestida de blanco, cuyo nombre trazado en la espalda era *Gracia de Dios*: iba á dar gracias á la asamblea á la cual presentó doce damas figurando las virtudes, cuyo nombre mostraban también escrito en la espalda y debían ser compañeras de la expedición, á fin de asegurar su éxito venturoso. Eran la Fe, la Caridad, la Justicia, la Razon, la Prudencia, la Templanza, la Fuerza, la Verdad, la Generosidad, la Diligencia, la Esperanza, el Valor. Después de haber leído cada una de ellas una estrofa en armonía con su papel, empezaron á ejecutar danzas, que añadieron mucho al esplendor de aquella fiesta.

¡Véase por qué medios se queria conseguir la libertad de la Tierra Santa!

Al parecer se inflamaron los ánimos cuando los turcomanos ocuparon la Grecia (1455) y se apoderaron de Constantinopla, amenazando de cerca la Alemania y la Italia. Entonces escitaron los poetas más vivamente que nunca á los príncipes á arrebatarse al feroz Tracio su injusta presa (13)

(13) TASSO, *Ferusalem liberada*. Sin hablar de otros muchos, conocidas son las octavas del Ariosto en el capítulo XVII de *Orlando*, y las de Camoens en sus *Lusiadas*, capítulo VII.

los papas proclamaron la cruzada é hicieron grandes preparativos: todos los potentados de Europa prometieron su ayuda y ninguno de ellos cumplió su palabra. Sin embargo, no sólo hervía en la mente de las gentes de imaginación exaltada la idea de la expedición á Oriente; sino que cuando en la política se substituyó la opinión al sentimiento, las necesidades calculadoras de esta política no habían ahogado, á pesar de todo, las antipatías populares contra el turco. Bacon componía un diálogo *De bello sacro*; Mazarino legaba setecientas mil libras para la guerra contra los musulmanes; el sabio Job Ludolf (14) y Herminio Conring consagraban á este asunto graves meditaciones, no menos que el fanático Desmaret de San Sorlin. El célebre padre José, capuchino, consejero de Richelieu y uno de los políticos más despreocupados, componía sobre esta materia un poema latino, que Urbano VIII denominaba la Eneida cristiana; el elector de Maguncia, Felipe de Schönborn, se hacia el campeón de la guerra santa, impulsado á este camino por dos insignes talentos, el baron de Boineburgo y el ilustre Leibnitz.

Este último tuvo empeño por largo tiempo en determinar á los príncipes de Europa á hacer la guerra á los turcos, en vez de desgarrarse unos á otros, y especialmente aspiró á persuadir á Luis XIV que hiciera la conquista de Egipto, cuya importancia le señalaba (1670). Después de haber bosquejado un plan de reorganización política para Alemania, su patria, añadía: «Entonces Europa disfrutará reposo, cesará de desgarrar sus propias entrañas, y fijará su atención allí donde se puede adquirir en buena conciencia y de un modo grato á los ojos de Dios, tantos honores, victorias, ventajas, riquezas. Entonces ya no se disputará para arrancar á otro lo que le pertenece; sino que se porfiará sobre quién gana más al enemigo hereditario, y cada cual se esforzará por estender, no sólo su propio reino, sino también el de Cristo. Si la Suecia y la Polonia hubieran vuelto contra esos países bárbaros las fuerzas que han dirigido una contra otra, ¿no hubieran penetrado la primera en la Siberia y la otra hasta la Taúride? Supongamos que el emperador, la Polonia y la Suecia se adelantaran paralelamente sobre los bárbaros, y aspiran á ensanchar los límites (*pomeria*) de la cristiandad sin tener otros designios que les aparten de esta empresa, sin dejar detrás de sí enemigos que les infundan temores. ¡Cómo se manifestaría la bendición de Dios en favor de la justa causa! Por otra parte, la Inglaterra y la Dinamarca se hallan enfrente de la América del Norte, y de la del Sur la España, y Holanda enfrente de las Indias occidentales. La Francia está predestinada por la Providencia para guiar los ejércitos cristianos á Levante, para dar á la cristiandad los Godofredos, los Balduinos y especialmente los San Luis que

(14) *Libellus de bello turcico feliciter conficiendo*, 1686.

invaden el Africa, situada enfrente de ella: para destruir aquellos nidos de piratas, y para atacar á Egipto, país de los mejor situados, no carece de hombres ni de dinero para enseñorearse de esta comarca mal armada... Véase un medio de adquirir eterna gloria, conciencia tranquila, universales aplausos, victoria segura, inmensas ventajas. Entonces se cumpliría aquel deseo del filósofo, reducido á que los hombres no hagan la guerra más que á los lobos y á las fieras, á quienes hasta ahora han podido ser comparados los bárbaros y los infieles.»

Leibnitz desenvolvió tanto por escrito (15) como de viva voz estos pensamientos: se dirigió á los príncipes y á los ministros, para inducirles á que apoyaran cerca del gran rey los consejos que debían halagar su ambición, y los medios de ejecución que se proponía; pero la política se ocupaba en pesar y ya no sentía: así Leibnitz oyó al ministro Pomponne darle por respuesta: «Tocante al proyecto de una guerra santa, bien sabeis que desde el tiempo de san Luis han cesado de estar en moda.

(15) Cuando Napoleon emprendió la conquista de Egipto, se sacó de los archivos este escrito de Leibnitz, con motivo del cual se ha caído en muchos errores por gentes que no lo han visto. Véase en las *Memorias del Instituto de Francia, Sabios extranjeros*, t. I, una disertación de E. Gührer con documentos originales.

De consiguiente habremos de creer, puesto que así lo mandan, que la duración de este inmoral poder es necesaria al bien de Europa (16). Si hemos traído á la memoria los ensueños de hombres pensadores y morales, lo hemos hecho para demostrar que se debería reflexionar más de una vez en ello antes de calificar á las cruzadas de delirio de fanáticos é ignorantes.

(16) El día 17 de julio de 1839 el ministro mariscal Soult respondía al Austria: *Todos los gabinetes quieren la integridad y la independencia de la monarquía otomana bajo la dinastía reinante; todos están dispuestos á hacer uso de sus medios de acción y de su influencia para asegurar el mantenimiento de este elemento esencial del equilibrio europeo*. El día 12 de enero de 1842 decía Guizot ante la cámara de los pares: *Hay entre los cristianos de Oriente un movimiento natural, resultante de lo que pasa en el mundo hace cuarenta años, y que les impulsa á la insurrección y á la separación del imperio otomano. ¡Pues bien! Lo digo en alta voz, nosotros no empujamos á ese movimiento, no lo aprobamos, no lo estimulamos... cuando decimos que queremos la integridad del imperio otomano, lo decimos formalmente, lo queremos así dentro y fuera*. Posteriormente en 1856, además de tantos otros delirios y mil cambios se vió á toda Europa tomar partido por los musulmanes y hacer pretesto de una cruzada la conservación de la integridad territorial del imperio turco y su independencia; mentira ó error que fué pagado por la Francia con 2,000,000,000 de pesetas y 100,000 hombres, por Inglaterra con 2,500,000,000, por Austria con 1,600, por Prusia con 140.